

# BIBLIOGRAFIA

CIRICI PELLICER, ALEXANDRE: *L'arquitectura catalana*. Palma de Mallorca, Editorial Moll, 1955. 184 págs. con grabados.

Es necesario poseer en toda su extensión y profundidad el conocimiento de la historia de la arquitectura para resumir la visión de la arquitectura catalana en el breve espacio de los once capítulos de que consta este sustancioso volumen. A. Cirici Pellicer era sin duda uno de los escritores y técnicos mejor dotados para llevar a término este difícil cometido. Lo ha realizado, además, rigiéndose no raramente por criterios personales que confieren a la obra un valor singular dentro del campo de la bibliografía artística.

No se reduce, en efecto, su labor expositiva a una mera sucesión de etapas cronológicas para conocer la evolución de la historia de la arquitectura en las tierras catalanas. El libro se divide en dos partes distintas pero indivisibles: la primera, tan necesaria en sí misma como olvidada a menudo en obras de esta naturaleza, se refiere, con carácter introductorio, a «los conceptos y las formas». Sin ella resultaría imposible comprender no pocos de los rasgos que presenta a lo largo de su proceso, como notas exclusivas, la arquitectura catalana. Esta va, por consiguiente, analizada en función del paisaje, de la geografía, del clima, de los materiales de construcción, de los animales y las plantas. Cinco capítulos dedica A. Cirici Pellicer al estudio de la arquitectura en cuanto implica ésta, como arte de la construcción, factores permanentes y factores variables; glosa los siguientes temas: la tierra y el trabajo, los conceptos fundamentales, la plástica, las proporciones y los materiales.

La segunda parte del libro constituye propiamente la «biografía de la arquitectura catalana» y está integrada por seis capítulos. Un capítulo preliminar está consagrado a la elaboración de las formas iniciales, desde los tiempos primitivos y la época de las colonizaciones hasta el bajo Imperio. Los capítulos más densos son sin duda los dos titulados simbólicamente «mañana» y «mediodía» de la expresión propia, correspondientes, respectivamente, a los siglos IX-XII y XIII-XIV. Siguiendo el mismo procedimiento alegórico, forma el «atardecer» el arte arquitectónico que llena los siglos XV y XVI. Con la denominación de «período valentino» es designado el florecimiento artístico que, desde los tiempos de Alfonso el Magnánimo, sufre la arquitectura en las tierras catalanas al desplazarse la hegemonía cultural a Valencia, verdadero centro espiritual de la comunidad y de la confederación, y al imponerse el italianismo durante tres siglos, del XVI al XVIII. La arquitectura de las dos últimas centurias forma el llamado «período industrial» y abarca temas tan sugestivos como el neoclasicismo, el romanticismo, el modernismo, el gaudinismo y el funcionalismo. La visión llega a las más recientes etapas, hasta la fecha de 1953.

La obra está escrita en estilo fluido y agradable, con soltura, claridad y precisa terminología. Sólo nos atreveríamos a desaconsejar acentuaciones erróneas como «Éufrates», «Ràvena» o «íber» en lugar de «Eufrates», «Ravenna» e «iber». Desde otro punto de vista, esta pequeña historia reviste particular interés para el que desee conocer la evolución especial de la arquitectura en tierras aragonesas. Las relaciones y las interferencias se dejan adivinar en muchas ocasiones; en otras son explícitamente subra-

yadas. El volumen, editado con primor, lleva el número 7 de la nueva «Biblioteca Raixa», esmaltada ya con firmas de gran prestigio. Va ilustrado con numerosos grabados que, por su sencillez y elocuencia, nos han recordado los que enriquecen la conocida obra *Las Artes*, de H. W. Van Loon.—*Miguel Dolç*.

ANCELY, RENÉ: *Histoire du Théâtre et du Spectacle à Pau sous l'ancien régime*. Pau, 1955. 117 págs.

Uno de los temas predilectos de la investigación francesa, que hace ya tiempo estableció las líneas generales de su historia política, es el relativo al desenvolvimiento cultural en sus diversos aspectos, sin excluir la amena historia del espectáculo, sobre todo, de las representaciones teatrales.

René Ancely, presidente de la Société des Sciences, Lettres et Arts de Pau, nos ofrece ahora la visión histórica del teatro en la capital bearnesa en un estudio original, lleno de encantadora amenidad y fundamentado en amplia y selecta bibliografía y en numerosos documentos inéditos, fruto de la investigación diligente del autor en los archivos regionales, sobre todo, en el departamental de los bajos Pirineos.

El estudio comienza con un capítulo dedicado a los orígenes del teatro en la comarca bearnesa, ciertamente oscuros, que pueden arrancar de la Edad Media, pudiendo considerarse como precursores a los comediantes italianos, bastante numerosos en el siglo xvi, y a las representaciones escolares, singularmente las de los colegios de jesuitas, que adaptaron la costumbre de poner en escena obras dramáticas a cargo de los alumnos.

En sendos capítulos, se estudian las diversas salas y locales destinados a representaciones y el reglamento y policía de espectáculos, estando dedicado el capítulo cuarto a las agrupaciones o compañías y sus directores. Este precioso capítulo nos ofrece en animados cuadros, llenos de color, la vida de las compañías de teatro, con sus mil incidentes curiosos, sus enredos, sus penalidades y alegrías; el autor ha escrito aquí deliciosas páginas, que se leen con agrado. Muy interesante es también el capítulo quinto, en el que se estudian los repertorios, en los que figuran obras de Molière, Lesage, Beaumarchais, etc. Un último capítulo está dedicado a otros espectáculos, sobre todo, bailes y conciertos.

Acompaña al trabajo un plano de la sala de la rue Saint-Louis. Hay notas a pie de página, con nutridas referencias bibliográficas y mención de fuentes documentales. En resumen, se trata de una obra de erudición, de amena lectura, en la que su autor demuestra sus dotes magistrales y su amplio saber.—*Federico Balaguer*.

CASTELLÓ GUASCH, JOAN: *Rondaies d'Eivissa*. Palma de Mallorca, Ed. Moll, 1955. 120 págs.

En otra ocasión nos hemos referido a la urgente necesidad de recoger el corpus de los cuentos altoaragoneses, continuando y dando remate a diversos intentos parciales, que lentamente y casi al azar han dado a conocer este aspecto esencial del folklore de estas tierras (v. ARGENSOLA, I, 1950, p. 159-164). Presentábamos como notable ejemplo del celo y de la perseverancia en la conservación escrita de esta rama folklórica, entre otros, el de Cataluña y de las tierras lingüística e históricamente unidas a ella. La presente obra de J. Castelló Guasch, impresor y hombre de letras, pone de relieve una nueva parcela de este acervo cultural. Castelló escribe, compone, imprime y edita sus libros; entre sus publicaciones anteriores cabe señalar otro tomo de *Rondaies eivissenques*. El volumen actual, incluido en la serie «Les Illes d'Or», obtuvo el premio de prosa narrativa en el

certamen literario celebrado en Palma de Mallorca en 1954 para conmemorar el centenario del nacimiento de los poetas Miguel Costa y Llobera y Juan Alcover. Esta es la mejor recomendación que de él puede hacerse.

Forman la selección diez «rondalles» que constituyen, en su conjunto, una valiosa muestra de auténtica prosa narrativa popular desarrollada en el pintoresco lenguaje dialectal de Ibiza. El folklorista podrá comprobar cómo algunos de estos cuentos se relacionan con otros de la cultura popular de otros países; subrayamos el alto valor poético de ciertas narraciones, como la titulada «Les tres germanes», y la penetrante aclimatación de otras, como «Qui busca, sempre troba...» El dialectólogo hallará en estas páginas una abundante mina de expresiones peculiares, de variantes léxicas y de novedades morfológicas. Quizá se haga sentir al final del volumen la falta de un breve glosario que registre las voces menos corrientes y los significados característicos de otras. Falta también un índice para simplificar el rápido hallazgo de un título determinado. Pese a estas leves máculas, de fácil corrección, el libro es una hermosa contribución al sostenimiento del costumbrismo insular. La labor de J. Castelló acusa una larga experiencia de escritor y colector de narraciones y un agilísimo sentido en la distribución del diálogo y de las partes narrativas. Le felicitamos sinceramente por su delicado florilegio de «rondalles».—*Miguel Dolç.*

MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO: *Poesías*. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes. Santander, 1955. Dos volúmenes: I, 354 págs.; II, 322 págs.

Con ritmo constante, pocas veces logrado en empresas de esta índole, prosigue la publicación de la Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, bajo la dirección de Rafael de Balbín Lucas. Estos dos volúmenes, que forman los números LXI y LXII de dicha edición, recogen la totalidad de la producción en verso del maestro santanderino, cuya enorme labor crítica y erudita ha oscurecido y dejado como en olvido al poeta. Sin entrar en el fondo de la cuestión, por no juzgarlo apropiado a este lugar, el señor Sánchez Reyes se refiere en la «Advertencia» preliminar a la vieja y aún viva disputa al preguntarse si Menéndez Pelayo fue lo que en general se entiende por poeta. Ya se sabe que la crítica ha tomado, al plantearse esta cuestión, las posiciones extremas. Mientras no pocos de sus contemporáneos le elogiaron como poeta genial, no faltaron quienes mirasen con desdén sus versos y hasta hicieran de ellos dura crítica. A medio siglo de perspectiva histórica, nos parece impropio regatear el sentido de la inspiración a don Marcelino que, desde muy joven, aspiró con sinceridad al «lauro de poeta y en ser poeta cifró su ilusión durante varios años, aun en medio de los otros triunfos de su pluma». Un mérito suyo queda, por lo pronto, como indiscutible: el de haberse librado—por lo menos en sus piezas maduras más significativas—de las fáciles corrientes literarias de su tiempo y haberse entregado a la sabia concepción del mundo grecorromano, vertiendo en el intenso ritmo interno de sus versos blancos una auténtica vida lírica.

Enrique Sánchez Reyes ha sometido toda la producción en verso de Menéndez Pelayo a una nueva y completa organización al ceñirse a esta edición, que podemos acoger como definitiva y, en no pocos aspectos, como crítica, ya que se registran las variantes en manuscritos autógrafos, en otras impresiones o en correcciones marginales del autor. Ha mantenido, desde luego, la división fundamental que el mismo autor adoptó para sus dos libros *Estudios poéticos* y *Odas, epístolas y tragedias*, pero ha distribuido las materias según una superior unidad de criterio. El primer volumen comprende los *Estudios poéticos* del maestro, aparecidos en 1878, que constaban de dos partes: poesías traducidas y poesías originales. El señor Sánchez Reyes ha reunido en la primera todas

las traducciones de don Marcelino, quedando así incorporadas a esta sección once composiciones que figuraban, algunas como apéndice, en la segunda edición (1906) de *Odas, epístolas y tragedias*. Con arreglo a este criterio, creemos que hubiera sido preferible englobar en la misma sección otras poesías que siguen en el tomo de *Odas, epístolas y tragedias*, como el «Oaristos» de Teócrito, el «Himno de la Creación» de Judah Leví y «Palinodia» de Leopardi. A la sección de poesías originales se unen también seis piezas que formaban parte del mencionado libro de *Odas*. El apéndice de este primer volumen reviste particular interés: en él se publican diversas poesías, algunas por vez primera, de la primera juventud de Menéndez Pelayo; debemos subrayar el poema épico *Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja*, «escrito con facilidad asombrosa por un chiquillo que no había cumplido los quince años». Con feliz acierto, el señor Sánchez Reyes reproduce aquí las mismas páginas preliminares que puso al poema al publicarlo por primera vez en el «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo» (1954): eran necesarias para conocer la historia de esta composición juvenil del maestro y para justificarse por haber infringido una orden terminante de don Marcelino, el cual dejó escrito, con letra de su mano, al frente de una de las copias del poema que hizo su padre: «Prohibo que se publique ni dé a conocer nada de este poema más que su título».

El segundo volumen que comentamos corresponde, como queda apuntado, a las *Odas, epístolas y tragedias*, cuya primera edición data de 1883. Va precedido de la larga carta-prólogo que para dicha edición redactó Juan Valera en Lisboa, en 1882. Respecto a su contenido, hay que tener presentes las transposiciones anteriormente reseñadas. También este tomo concluye con un apéndice, en que se insertan catorce poesías inéditas o no coleccionadas en las ediciones anteriores; nueve de ellas son traducciones diversas.

Ambos volúmenes, como es norma en esta Edición Nacional, han sido presentados con esmero tipográfico. Esta nueva serie, sin duda completa, de las *Poesías* del maestro facilitará la tarea de clasificar cronológicamente las composiciones para quienes intenten un estudio de «Menéndez Pelayo poeta». Al final del segundo volumen se ha puesto un índice de primeros versos, que será de gran utilidad.—*Miguel Dolç*.

## ARTICULOS

SERRANO MONTALVO, ANTONIO: *La población alto-aragonesa a finales del siglo xv*. «Pirineos», X (1954), p. 201-233.

En este interesante estudio, elaborado con riguroso método y con profundo conocimiento de fuentes y documentación bibliográfica, Antonio Serrano Montalvo trata de fijar la población de la región pirenaica aragonesa en 1495, tomando como base el Censo que se realizó durante el otoño de aquel año con arreglo a una orden de las Cortes de Tarazona, a raíz de la petición de subsidios que Fernando II solicitó para incorporarse plenamente a la política mediterránea. Dicho Censo fue conocido por Lezaun, a través de Zurita, y por Asso; probablemente, según opina Serrano, la copia del mismo, existente en la Biblioteca del Palacio Nacional, fue consultada por Tomás González en su *Censo de población* (Madrid, 1829).

El autor expone en las primeras páginas las características del famoso Censo que, por haberse establecido nominalmente y por «fuegos» y por haber sido efectuado con

cierta rigurosidad, sirvió posteriormente y hasta en tiempos de Felipe III como plantilla sobre la que se ejercía la tributación en todo el territorio aragonés. El recuento de los fuegos se hizo sobre los doce distritos o «sobrecullidas» del reino. Estas fueron, por orden demográfico: Zaragoza, Calatayud, Tarazona, Barbastro, Alcañiz, Daroca, Montalbán, Huesca, Jaca, Ribagorza, Teruel y Aínsa. El enclave pirenaico, sobre el cual se funda el presente artículo, estaba formado por Aínsa, Ribagorza y Jaca. La población pirenaica distribuida entre estas tres «sobrecullidas» da los siguientes resultados: Jaca, 173 entidades demográficas y 2.764 fuegos; Ribagorza, 257 entidades y 2.755 fuegos; Aínsa, 118 entidades y 1.479 fuegos. El Censo de 1495, con ser «desigual, tosco e imperfecto», permite al autor hacer importantes observaciones sobre antroponimia y sobre la situación social de aquella población en el momento crítico de su paso de sociedad medieval a sociedad renacentista. Por otro lado, al dar la nómina detallada de los lugares poblados en las tres «sobrecullidas» altoaragonesas, con su correspondiente localización actual, Serrano presta un inapreciable servicio a los investigadores de la toponimia, a pesar de la fecha avanzada en que quedaron registrados aquellos nombres: véase, por ejemplo, cómo la grafía *Ecbo* ha sufrido una transcripción equivocada en el actual *Hecho* o cómo *Cereça* mantiene aún su sentido etimológico frente a la *Siresa* de hoy. Estas grafías toponímicas de fines del siglo xv son preciosos eslabones entre las registradas en los documentos de los siglos xi y xii y las más recientes. He aquí sintetizados algunos de los valiosos aspectos que encierra, en los dominios de la historia, de la geografía humana y de la lingüística, el detenido y rico estudio que comentamos.—*Miguel Dolç.*

ARTERO, JOSÉ: *Mariología artística salmantina. Panorama mariano. «Salmanticensis»* (1955) págs. 738-748.

Maravillosa excursión por la geografía urbana de la Salamanca monumental la que nos depara este trabajo de don José Artero, el ilustre catedrático de esa Universidad Pontificia. Profundo conocedor del arte salmantino, enamorado de la vieja ciudad, la docta, la togada, que, con su prestigio universitario y la maravilla de sus piedras centenarias, «enhechiza la voluntad de volver a ella», según la conocidísima frase cervantina, don José Artero ofrece a nuestra contemplación el panorama mariano de la ciudad a través de sus ruas, sus iglesias, su Universidad, sus colegios mayores y sus palacios.

El trabajo que estamos comentando es la síntesis de una conferencia pronunciada por el autor en Roma e ilustrada con un centenar de proyecciones. En forma atrayente y amena, el doctor Artero va señalando los principales motivos marianos de la ciudad, singularmente las dos catedrales y el Real Colegio del Espíritu Santo. En la catedral vieja, la Virgen de la Vega, obra capital de la orfebrería del medievo, y el famoso retablo de Nicolás Florentino. La catedral nueva es toda ella un grandioso poema a Nuestra Señora: la fachada espléndida, con episodios de la Virgen y escenas evangélicas; el interior, rebosante de altares, rejerías, pinturas, esculturas y orfebrería; el altar mayor, con la Asunción de Gregorio Hernández; la cúpula, soberbia, con sus ocho grandes relieves de piedra policromada.

Pero además de estos monumentos capitales, hay una serie larguísima de parroquias, conventos, colegios universitarios y palacios, en los que puede seguirse paso a paso la evolución del arte mariano español; una rápida y escogida enumeración nos da idea exacta de la riqueza de este tema en la noble, sabia y artística ciudad. Después, siguiendo un programa histórico y teológico mariano, el autor presenta las realizaciones artísticas con las que Salamanca ha ilustrado la vida, privilegios e intercesión de María Santísima. Así la predestinación de la Virgen está plasmada en la Inmaculada

de Ribera; el dogma de la Asunción se narra bellamente en la fachada de la catedral nueva; la Virgen Madre de los pequeñuelos ha inspirado la maravillosa estatua del trascoro. De esta forma, el autor nos va mostrando la inspiración mariana salmantina, desbordante de majestad, de arte y de belleza. Al final del trabajo se inserta una escogida bibliografía.—*Federico Balaguer.*

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *Episcopologio de Alava (siglos IX-XI)*. «Hispania Sacra», vol. VI (1953), págs. 37-51.

Las tenaces y afortunadas investigaciones de Antonio Ubieta en los fondos documentales de los siglos IX al XI vienen dando copiosos frutos. No solamente la historia política pirenaica se ha visto iluminada con los trabajos del autor, sino también la historia eclesiástica. Como muestra, puede verse este estudio que comentamos, en el que el perspicaz investigador aragonés esclarece la sucesión de los obispos de Alava.

El episcopologio alavés fue estudiado por el padre Risco, y no mucho después por Floranes y por Landázuri. Los tres trabajaron con independencia, como puede verse comparando sus respectivas listas. Sus trabajos, hechos con absoluta buena fe y con un cierto espíritu crítico, representaron un evidente progreso, pero la investigación del siglo XVIII no estaba en condiciones de poder fijar la veracidad de ciertos documentos y en sus listas aparecen nombres repetidos con frecuencia, lo que indica que se han utilizado documentos mal fechados.

Ubieta Arteta ha estudiado con toda precisión los escatocolos de la documentación conservada, utilizando además numerosos documentos auténticos, aparecidos en los últimos años. Con tan segura base documental ha podido rectificar numerosos errores, publicando una nueva lista de obispos que comienzan a finales del siglo IX. El primero es Bivere, de existencia dudosa, seguido de Alvaro, del que se tienen noticias seguras a partir de 881. El obispado de Alava, producto de las difíciles circunstancias creadas por el empuje musulmán, acabó, en tiempo de Alfonso VI de Castilla, fusionado con el de Calahorra, en virtud de las ideas corrientes en el siglo XI sobre la reinstauración de antiguas sedes visigóticas.

El trabajo de Ubieta Arteta, de perspicaz investigación, como todos los suyos, con bibliografía a pie de página, es de obligada consulta para todo el que se dedique a estudios históricos de la alta Edad Media.—*Federico Balaguer.*